

CELOPAN

David Calvo

Merezco algo mejor



m̄r

CELOPAN

David Calvo

Merezco algo mejor



© David Calvo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones de cubierta e interior: © Lady Desidia, 2019

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño, 2019

Fotografía de contracubierta: © Danpho

Diseño de interiores: María Pitironte

Recursos de interior: María Pitironte, Shutterstock.

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-270-4621-4

Depósito legal:

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

Presentación, 8

Diagnóstico, 28

Dardos envenenados, 56

Renacer, 78

Despedida, 104





Diagnóstico

Estas son las razones por las que lloré.

Estos son los motivos por los que desaparecí.



mi persona está herida
mi primera persona del singular

Alejandra Pizarnik

Indiferencia

Paseo por las calles más bonitas que jamás he recorrido y mi mente no está aquí. Me traslado a momentos del pasado que creía haber superado y me planteo constantemente cuándo acabará esto.

Las olas del mar no suavizan mis pensamientos. Tampoco lo hace la alegría de los transeúntes. Una despedida de soltero conduce mi mirada, una música callejera suena, alguien se acerca a saludar, y a mí, todo me da igual. Me es indiferente. Yo, sencillamente, no estoy ahí.

Yo, que siempre expresé cada momento, ahora los rechazo uno tras otro. No me gusta mi realidad. No me gusta mi vida. Y como no me gusta nada, la indiferencia me invade.

Ese silencio

Tras aquella acalorada discusión, solo esperaba que me dijeras la verdad. Esperaba que entendieras mi postura, que te dieras cuenta de que no estaba bien y que necesitaba que me apoyaras más que nunca. Necesitaba que apostararas por mí como yo había hecho por ti.

Sin embargo, cogiste tus cosas y te fuiste, sin decir ni una sola palabra. Y yo, ante aquel silencio tan revelador, lo entendí todo. Sin decir nada lo dijiste todo. No te importaba una mierda. Eso es lo que decían tus palabras silencio.

Octubre 15

Constantemente me aferro a lo que un día fue. A lo que formamos en aquella casa de dos plantas con una buhardilla inmensa. Los recuerdos no solo están en internet, sino también en mi piel.

Recuerdo cuando no pasamos desapercibidos por El Retiro. Cuando destruimos un armario a martillazos. Cuando nos creíamos cantantes. Cuando simplemente nos lo pasábamos bien sin importarnos el qué dirán.



Recuerdo llorar en sus hombros desconsoladamente. Sentirme perdido y que ellos me ayudaran. Sentir que pertenecía a algún sitio, aunque no lo sintiera propio.

Fue una de las mejores etapas de mi vida, de la que jamás olvidaré lo mucho que me ayudaron a crecer como persona un pelirrojo, un chico de Reus y una bailarina a la que decidí llamar hermanita desde entonces.

Es extraño, pero, desde que me fui, siento como si una parte de mí se hubiera quedado ahí para siempre.

Perfección

Retoco mis defectos con un filtro.
Maquillo mi cara para tapar las ojeras
que deja mi lado cretino.
Endulzo mi sonrisa entre personas
que no me hagan sentir vacío,
aunque lo esté.

No estoy mucho en redes sociales,
no vaya a ser que descubran la verdad
y vean que soy humano.

Yo, patito feo,
intento ser cisne
y me rompo en mil pedazos.

Me esfuerzo en ser algo que no soy
y miento pensando que nadie
me descubrirá.

Sé que me equivoco,
porque ni soy perfecto,
ni lo seré nunca.

Pero me he acostumbrado
a disimular,
a brillar,
a caer,
a renacer.
Y no concibo
el no levantarme.
Busco la perfección,
porque un día la saboreé.
Y la escupí.
¿Por qué?

Acicalo mis emociones
para vestirme con ellas.
Pero no me gusta el resultado.

Porque quiero ser perfecto
y eso implica no llorar.
Eso implica no sufrir.
Eso implica no sentir.

Busco la perfección,
porque creo que me hará feliz,
pero nunca lo consigue.

Y sé que me equivoco,
porque ni soy perfecto,
ni lo seré nunca.



Un día toqué el cielo
y me lo arrebataron.
Un día toqué el infierno
y lo disfrutaron.

Y es que,
más allá de ser débil,
me gustaría ser feliz.
Más allá de no ser perfecto,
me gustaría aceptarme como soy.

Bajo el ala

Me refugio entre las sábanas huyendo de las llamadas, de las reuniones, hasta de mi familia. No salgo de casa, no quiero verte, no quiero trabajar, no quiero hacer nada.

La indiferencia me come. La impotencia me mata. Escondo mi cabeza bajo el ala y desaparezco.

Es normal estar mal, solo tienes que asumirlo. Es un proceso normal de la vida, cuanto más tardes en aceptarlo, más tardarás en estar bien.

Mi problema fue interiorizar ese consejo durante días y semanas. El seguir aplicándolo a mi vida durante meses y luego años. En vez de buscarle solución a mis problemas, decidí aceptar mis sentimientos sin rechistar, sin planteármelos.

Con el tiempo me di cuenta de que habían pasado los años y yo había pasado de puntillas por ellos. Ahí fue donde me di cuenta de que algo estaba pasando.

Ese es el problema

Pese a tus palabras.
Pese a tus abrazos.
Yo me enroco en mis preocupaciones.

Me encantaría verme como tú haces.
Poder tomar decisiones
y despegarme de esta oscuridad,
pero soy incapaz.

Pese a tus besos.
Pese a tus caricias.
Yo me sigo sumergiendo en el fango.

Me encantaría poder darte las gracias.
Apreciar lo que estás haciendo.
Pero, por triste que suene,
ahora mismo no siento nada.

Ese es el problema.

584 kilómetros de distancia

Viví durante años entre dos ciudades a base de trenes que conectaban vidas muy diferentes.

Tras el cansancio de los viajes y sus consecuentes gastos, tuve que escoger entre la vida que durante años había construido o apostar por el amor de mi vida. Quizás me equivoqué, pero aposté por lo segundo. Aposté por estar más cerca de él, pese a que eso implicara renunciar a muchas cosas.

No era consciente al principio. El amor quizás me cegó y, entre mudanzas, reformas y compras, me entretuve en mi ilusión. Pero tras volar, tras tomar las riendas de mi vida, tener una lavadora y un colchón propio, también perdí a parte de lo que fue mi familia.

Escogí empezar de cero y ni fui consciente de lo que implicaba irse hasta que lo hice. Escogí estar con el amor de mi vida y dejé a la que había sido mi familia a 584 kilómetros de distancia.



Tras el paso del tiempo y desde la distancia que otorga, veo muchos detalles. Encuentro sombras donde antes solo había luz. Noto cómo algunas personas que consideré grandes amistades ahora entrevén oscuridad. Se comportan de forma diferente, no preguntan *qué tal estás* ni se preocupan por ti.

Descubro recuerdos que había borrado y ataques constantes que permití que se fueran interiorizando en mi cabeza. Es increíble cómo a veces nos dejamos flagelar por alguna gente y ni nos inmutamos por ello.

Desde tantos kilómetros de distancia me doy cuenta de que no todos fueron mi familia. Que no todo lo que se veía tras una cámara era la realidad y que ojalá muchos hubieran sido en persona tal y como se mostraban en internet.



TE QUISE

TANTO

QUE ME

OLVIDÉ

DE MÍ.